TRUE
FABU
DE
EDUCA

1
40325

1
40.325

Biblioteca Nacional de España

Camigo

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

FABULAS DE LA EDUCACION.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

FÁBULAS

DE

LA EDUCACION,

POR

D. Antonio de Trueba y la Quintana

y D. Cárlos de Pravia.

MADRID:
IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS,
calle del Turco, núm. 11.

1850.

Biblioteca Nacional de España

Esta coleccion de fábulas es propiedad de su editor D. A. de C., y se tendrán por furtivos todos los ejemplares que no contengan una señal particular y no estén rubricados.

Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO.

—

NADA penetra tan dulce y profundamente en el alma como la influencia del ejemplo»—ha dicho Locke. Esta verdad es demasiado evidente para que nosotros nos ocupemos en su demostracion, y ella es la mejor apología del género de literatura creado por Esopo.—La fábula, es decir, la composicion especial conocida por este nombre, siempre que no se aparte de las reglas establecidas, no es otra cosa que el ejemplo brindándonos la moral y el conocimiento de nosotros mismos y de los demás hombres. Reconocida universalmente su utilidad, sobre todo para la educacion de la infancia, casi en todos los paises donde hubo escritores, hubo quien escribiera apólogos ó fábulas.

En España donde florecian los diferentes ramos de la literatura, solo de tiempo en tiempo aparecía la traduccion ó cuando mas la imitacion de alguna fábula de Esopo ó de Fedro, de La Fontaine ó de Florian. Samaniego, Iriarte, Rentería y otros comprendieron sin duda la conveniencia de una coleccion de fábulas capaces de

Biblioteca Nacional de España

egercer en su patria la influencia que en Francia egercian las de La Fontaine; pero solo el primero tuvo bastante ingenio ó bastante perseverancia para llenar una parte de aquel vacío.

Indudablemente las fábulas de Samaniego honran mucho á la literatura española y por consiguiente á su autor que, como él mismo dice, se vió precisado á seguir una senda escabrosa, totalmente desprovisto de guía. El Sr. Campoamor y el Sr. Hartzenbusch le siguieron simultáneamente, dotados ambos de mas ingenio y de mas gusto que su predecesor; pero ¿consiguió alguno de ellos legar á nuestras escuelas una coleccion de fábulas apropósito todas ellas para la niñez? Creemos que no.

Prescindiendo del mayor ó menor mérito de su versificacion, muchas de las fábulas de Samaniego encierran una moral poco sencilla para la comprension de los niños, ó poco ortodoxa para un pueblo católico, consistiendo tal vez lo último en que el pensamiento primitivo surgió del seno del paganismo.

Las del señor Campoamor, lo mismo que las del señor Hartzenbusch, aplicadas á la política ó destinadas á ridiculizar los vicios sociales, llenan aun menos que las de Samaniego el objeto que este se propuso. Nadie mejor que sus autores hubiera escrito una coleccion de fábulas capaces de rivalizar con las de La Fontaine, si tal hubiera sido su propósito.

Biblioteca Nacional de España

Tócanos ahora decir algunas palabras acerca de la coleccion que motiva estas líneas. Ni aun nos ha ocurrido la idea de competir con el mas despreciable de los fabulistas españoles: lamentando la indiferencia con que miran nuestros poetas uno de los ramos de la literatura digno de su predileccion por la saludable influencia que puede egercer en la niñez y por consiguiente en la sociedad en general, quisimos ensayar en él nuestras débiles fuerzas á fin de que otros mas ricos de ingenio nos imitasen. El escasísimo mérito de nuestra obra contribuirá tal vez á la realizacion de nuestro deseo: nosotros cuando vemos un libro perfecto, arrojamos la pluma convencidos de que cuanto pudiéramos escribir seria inferior á él; y al contrario, la tomamos cuando vemos un libro malo, animados por la esperanza de escribir otro mejor. Tal sucede, en nuestro concepto, á la generalidad de los hombres.

Quede pues sentado que ningun género de rivalidad preside á la publicacion de esta reducida coleccion de fábulas, y terminemos este prefacio dando á conocer algunos rasgos de la vida de Esopo, tales como la tradicion y la historia nos los presentan. Cada uno de estos rasgos encierra un fondo de moral y de sabiduría que tienen muy pocas fábulas. Esta circunstancia y la de deberse á Esopo la existencia del apólogo, nos hacen creer que no estarán fuera de lugar estas

Biblioteca Nacional de España

noticias que La Fontaine recogió y puso con mayor estension al frente de sus fábulas.

Segun la opinion mas fundada, Esopo nació en *Amorium*, aldea Frigia, doscientos años despues de la fundacion de Roma. La naturaleza que habia adornado su alma de las mejores dotes, le habia dado un cuerpo monstruoso y casi negádole el uso de la palabra, cuyos defectos le redujeron á la condicion de esclavo.

Su primer amo, que no creyéndole útil para otra cosa le mandó á arar sus tierras, guardaba unos higos que le habian regalado, en un aposento donde entró casualmente Esopo. Algunos de los criados se comieron los higos y echaron la culpa al esclavo frigio; este que iba á ser castigado cruelmente, suplicó á su amo que suspendiese el castigo por algunos instantes, cuya gracia le fué concedida; en seguida, bebió agua tibia y se metió los dedos en la boca: lo único que arrojó fué el agua. Obligóse á hacer la misma prueba á los verdaderos glotones y arrojaron los higos, lo cual les valió el castigo á que se habian hecho acreedores. Al dia siguiente, yendo Esopo al trabajo, encontró á unos viageros estraviados á quienes dió de comer y condujo á la ciudad: los viageros pidieron á Dios que recompensase aquella accion, y como Esopo se quedase dormido á corto rato, soñó que tenia delante á la fortuna y que le concedia el libre uso de la palabra. Al despertar, notó con mucho regocijo que el sueño

Biblioteca Nacional de España

había sido una realidad. Un tal Zenas maltrató á un esclavo y Esopo le reprendió ágriamente, amenazándole con que divulgaría su barbarie. Zenas, para vengarse y evitar esto último, dijo al amo de Esopo que su esclavo habia recobrado el uso de la palabra, pero que era solamente para blasfemar y maldecir de su señor. Este, sumamente irritado, le entregó su esclavo para que hiciese de él lo que quisiese: aquel mismo dia preguntó á Zenas un mercader si tenia alguna bestia de venta, y Zenas le contestó que no, pero que en su lugar podia venderle un esclavo muy bueno para la carga. El mercader no aceptó la proposicion, mas Esopo le dijo: — Cómprame, que no te pesará; si tienes hijos llorones, verás como mi gesto los hace callar.—Estas palabras hicieron gracia al mercader y dió tres óbolos por Esopo. El mercader, que traficaba en esclavos, se dirigió á Efeso á vender cierto número de ellos. Cada esclavo tenia que cargar con algunos efectos, y como Esopo escogiese la provision de pan, sus compañeros le trataron de bruto porque escogia la carga mas pesada, pero cada vez que se detenian á comer, aminoraba la carga del frigio, quien antes de llegar á la ciudad, iba completamente desembarazado, lo cual hizo formar mejor concepto de su talento.

El mercader vendió en Samos el esclavo frigio á un filósofo llamado Xanto; la muger de este era tan delicada que la agradaban muy

Biblioteca Nacional de España

pocas personas, y apenas vió la fealdad de Esopo, se puso como una furia contra su marido y trató de entablar el divorcio, pero gracias á la paciencia de Xanto y á la discrecion de Esopo, se apaciguó al fin.

Algun tiempo despues, tuvo el filósofo una gran reyerta con su muger y esta le amenazó con el divorcio, segun su costumbre en tales casos; hallándose Xanto en un banquete, separó algunos manjares y dijo á Esopo: —Lleva esto de mi parte á mi buena amiga.— Esopo se los llevó á una perra que queria mucho su amo; cuando este lo supo, le reprendió ágriamente porque no los habia llevado á su muger.—Me digiste, respondió Esopo, que los llevase á tu buena amiga; ¿quién es tu buena amiga, tu perra que te acaricia despues que la maltratas, ó tu muger que á cada instante te amenaza con el divorcio?—El filósofo contuvo su cólera, pero su muger se enfureció de tal modo que se separó de su marido. El frigio fué á la plaza, compró una porcion de aves, y se hizo el encontradizo con un criado de su ama, el cual le preguntó para qué eran tantas provisiones.—Toma, contestó Esopo, porque mi amo, viendo que no quiere volver la señora, se casa con otra.—Asi que lo supo la muger de Xanto, se apresuró á reunirse con su marido, jurándoselas sin embargo al esclavo que incurria todos los dias en el enojo de sus señores y siempre le esquivaba con una sutileza.

Biblioteca Nacional de España

Esopo decia á su amo que se acaloraba por nada.—Búscame un hombre que lo mire todo con indiferencia.— le contestó el filósofo. A la mañana siguiente fué el esclavo á la plaza y viendo á un aldeano que permanecia indiferente á todo, se le llevó á su amo y le dijo:—Aquí tienes al hombre indiferente.— El aldeano no dió muestras de satisfaccion cuando la muger de Xanto le lavó los piés, ni cuando le colocaron en la cabecera de la mesa: sirvióse la comida y el filósofo no hallaba plato de su gusto; por conclusion, trajeron uno hecho por su muger, el cual le disgustó tanto que esclamó montado en cólera.—No he comido en mi vida cosa peor; que quemen á la cocinera.— Entonces se levantó el aldeano y dijo:—Esperad, que voy á buscar á mi muger para que ardan las dos juntas.

Un dia iba Esopo á cierta parte, y encontrando un magistrado, que le preguntó adonde iba, respondió que no lo sabia; tomando el magistrado esta respuesta por un desprecio, le mandó prender. Cuando los corchetes le conducian, esclamó Esopo:—Ya veis que yo tenia razon. ¿Cómo habia de saber que iba á la cárcel?—El magistrado le puso inmediatamente en libertad.

Hallándose Xanto en una orgia con sus discípulos, apostó todos sus bienes á que se bebia el mar. Toda la poblacion de Samos acudió á presenciar la apuesta, y el filósofo, libre ya de

Biblioteca Nacional de España

la influencia de Baco, no sabia como salir del apuro; entonces se acercó á él Esopo y le habló al oido. Pocos momentos despues esclamó Xanto: —Señores, yo he apostado á beberme el mar, pero no los rios que entran en él.—

En recompensa de su sutileza, pidió Esopo á su amo la libertad. Xanto le contestó que aun no era tiempo, pero que si al salir de su casa veia cuando menos dos cornejas, signo de buen agüero, le concederia la libertad; mas no si solo veia una. Apenas salió Esopo á la calle, vió dos cornejas y corrió á buscar á su amo, mas cuando llegó este, habia volado una de ellas.—Con que siempre me has de engañar? le dijo el filósofo, y en seguida mandó que le azotasen: mientras esto se ejecutaba, vinieron á convidar á Xanto para una boda.—Ay! esclamó Esopo: que embusteros son los presagios! A mi me azotan porque he visto dos cornejas, y á ti que no has visto mas que una te convidan á una boda.—Xanto mandó que cesasen los azotes, pero no quiso conceder la libertad á su esclavo.

—Me libertarás á pesar tuyo, dijo Esopo á su amo, y en efecto no tardó en cumplirse su prediccion. Un águila arrebató el anillo público, (era segun parece un sello que se ponia en las deliberaciones del consejo) y le dejó caer en el seno de un esclavo. Consultado Xanto acerca de aquel prodigio, pidió tiempo para contestar y acudió como siempre á Esopo. Este le dijo que

Biblioteca Nacional de España

le permitiese hablar en público porque si daba una esplicacion satisfactoria siempre sería el honor para su amo, y si no, solo el esclavo sería el vituperado. Presentóse en la tribuna pública y entre los murmullos y las risas que produjo su estraña figura, empezó diciendo que no debia mirarse la forma del vaso sino el líquido que contenia, y aseguró que los habitantes de Samos estaban amenazados de sufrir la esclavitud, añadiendo que el águila que se había llevado el sello significaba que un poderoso rey queria avasallarlos.—Como el esclavo se negase á dar mas esplicaciones si no se le ponia en libertad, Xanto se vió obligado por los magistrados á concederle esta última.

Poco tiempo despues envió Creso, rey de los Lidios, un embajador á los de Samos para decirles que se considerasen como sus tributarios ó de otro modo los someteria por la fuerza: el embajador fué despedido desairadamente por consejo de Esopo. Irritado Creso, resolvió atacar á los de Samos; mas como le digese el embajador que no podria reducirlos á su voluntad mientras tuviesen tanta confianza en Esopo, les mandó á decir que le entregasen al frigio y les dejaria tranquilos. Muchos de los principales ciudadanos creyeron muy aceptable esta proposicion; pero Esopo les hizo cambiar de parecer contándoles que habiendo firmado un tratado de paz los lobos y las ovejas, dieron estas sus perros en rehenes, y cuan-

Biblioteca Nacional de España

do no tuvieron defensores, las degollaron los lobos con la mayor facilidad. Este apólogo hizo su efecto y Esopo fué enviado en clase de embajador cerca de Creso, quien al verle se admiró mucho de que una criatura tan despreciable fuese para él un obstáculo tan grande. Esopo desempeñó tan bien su comision que no volvieron á ser inquietados los de Samos.

Por este tiempo compuso sus fábulas el frigio, las cuales dejó al rey de Lidia, quien le envió á Samos donde fué recibido con grandes honores y contrajo matrimonio. Quiso viajar y conocer el mundo, y habiendo pasado á Babilonia, mereció la confianza del rey. Los príncipes de aquella época se proponian mútuamente la solucion de algunos problemas, imponiéndose ciertas multas segun su mayor ó menor acierto. El Rey de Babilonia, asistido de Esopo, era quien alcanzaba siempre el premio. Con motivo de asegurarse que Esopo habia muerto, el rey de Egipto Nectenabo creyó podia hacer su tributario al de Babilonia, y á fin de provocarle, le desafió á que le enviase arquitectos que construyesen una torre en el aire, y un hombre dispuesto á responder á toda clase de preguntas: el rey manifestó aquellas cartas á Esopo y este se echó á reir: en seguida cogió unas águilas y las enseñó á remontarse en el aire llevando cada una un canastillo en el cual iba metido un niño. Llegada la primavera, se fué á Egipto con las águilas y demás; Necte-

Biblioteca Nacional de España

nabo se sorprendió mucho al verle, pues á saber que vivía aun Esopo, se hubiera guardado de aquel reto, y le preguntó si traía los arquitectos y el hombre dispuesto á responder á todo. Esopo contestó que el hombre era él y que en cuanto á los arquitectos, se presentarian en tiempo oportuno. Fuéronse todos al campo y Esopo soltó las águilas que se remontaron subiendo á los niños, quienes gritaban que se les diese yeso, piedra y madera.—Ya veis que traigo los arquitectos, dijo entonces Esopo; proveedlos de materiales.

Poco despues se presentó á la solucion de Esopo el siguiente enigma:—Hay un gran templo sostenido por una columna rodeada de doce ciudades, cada una de las cuales tiene treinta arcos; bajo estos arcos pasean sucesivamente dos mugeres, una blanca y otro negra.—Ese enigma, dijo Esopo, es escelente para los niños de mi pais: el templo es el mundo, la columna es el año, las ciudades son los meses, los arcos son los dias, y las mugeres, son el dia y la noche.

Al otro dia desafiaron los cortesanos á Esopo delante del rey á que les hablase de una cosa que nunca hubieran oido. Esopo escribió una cédula en la que Nectenabo confesaba deber dos mil talentos al rey de Babilonia; la cerró y le fué entregada á Nectenabo. Cuando este la abrió esclamó:—Qué mentira! que digan estos señores si debo yo tal cosa!—Y los cortesanos respondieron unánimes:—Nunca hemos oido hablar

Biblioteca Nacional de España

de ello.—Pues entonces, dijo Esopo, he satisfecho vuestros deseos.—Y Nectenabo le despidió cargado de presentes para él y para su amo el rey de Babilonia. Este le recibió á su vuelta con gran alborozo y mandó erigirle una estatua, pero Esopo, arrastrado por su ambicion de saber, renunció á las delicias de la córte y se dirigió á Delfos, cuyos habitantes le recibieron con frialdad. Picado el frigio con semejante indiferencia los comparó á los palos que flotan en la superficie del agua que parecen de lejos algo y de cerca son nada. Esta comparacion debia costarle la vida: le acusaron los de Delfos de un robo sacrílego y fué condenado á muerte. Inutilmente hizo uso de sus armas ordinarias, que eran los apólogos; los de Delfos se burlaron de él.—La rana, les decia, convidó al raton á comer con ella; á fin de que pudiese atravesar el rio, le ató á una de sus patas. Así que estuvieron en el agua, le precipitó al fondo para ahogarle y comérsele: el pobre raton se defendia haciendo esfuerzos por no sumergirse y en aquel instante se lanzó sobre él un ave de rapiña y le arrebató con la rana zampándose á entrambos.

Esopo logró escaparse y entrar en un templo dedicado á Apolo cuando se le conducia el suplicio, mas los de Delfos le arrancaron de él y le precipitaron desde lo alto de una roca.

Biblioteca Nacional de España

FABULA II.

LA MORAL Y LA FABULA (1).

No sé donde, se encontraron
estas señoras un dia,
y es claro, se saludaron
con mucha cortesanía.
—Gracias á Dios que te veo!
dijo la Moral al punto.
Hace mucho que deseo
hablarte de cierto asunto.
—Sabes que puedes mandar,—
la Fábula contestó,
y sin mas preliminar,
doña Moral continuó:
—Mi ceño es bastante adusto
y la niñez, no bien hablo,
huye de mí con mas susto

(1) Despues de escrita esta fábula, se nos ha dicho que hay una en francés en la que figuran las mismas personificaciones; la desconocemos completamente y por lo tanto nos creemos con derecho á dar esta por original. Lo mismo decimos de cualquiera otra que pueda hallarse en el mismo caso y no lleve la correspondiente anotacion.

Biblioteca Nacional de España

que si viera al mismo diablo;
y es lástima á la verdad
que mis consejos esquive,
pues dan la felicidad
á todo el que los recibe.
Pero en fin, vamos al grano,
que me estoy con mucha calma
y sin mí, el género humano
es solo un cuerpo sin alma.
Tu que haces tan buenas migas
con la infancia, y complacer
deseas á tus amigas,
pudieras mi órgano ser,
pues tengo por cosa cierta
que los niños y aun los viejos
oirán con la boca abierta
por la tuya mis consejos.—
—Es asunto terminado,
dijo la Fábula. Dios
este encuentro ha preparado
para dicha de las dos,
que de hoy mas no será el coco
de la niñez la moral,
y no seré yo tampoco
pueril y superficial.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA II.

EL MURCIÉLAGO Y LAS COMADREJAS.

(La Fontaine).

En el oculto nido
de cierta comadreja,
un infeliz murciélago
se metió de cabeza;
y el demonio que todo
lo trastorna y enreda,
hizo que la señora
de aquella casa, fuera
una que á los ratones
hacía cruda guerra.
Asi fué que al momento
le dijo hecha una fiera:
—¿Cómo es que ante mi vista
con tanta desvergüenza
te atreves á ponerte,
cuando á tu raza entera
detesto y ni pintada
mis ojos quieren verla?
Vas á morir ahora,

Biblioteca Nacional de España

vil ratoncillo, tiembla!—
Y haciendo mas pucheros
que un niño de la escuela,
la contestó el murciélago
con balbuciente lengua:
—De donde habeis sacado
que ratoncillo sea?
Yo, gracias á quien todos
debemos la existencia,
no soy raton, sino ave,
y vuelo muy ligera....
¿Yo raton? Ved mis alas.
¡Qué vivan los que vuelan!
Aunque era una mentira,
agradó esta respuesta,
(que siempre el embustero
encuentra quien le crea),
y salió sano y salvo
con tal estratagema;
pero no paso mucho
tiempo sin que volviera
á hallarse cara á cara
con otra comadreja.
Pues señor, es el caso
que la tal por la inversa

Biblioteca Nacional de España

á las aves tenia
una ojeriza eterna,
y es claro, como dicen
que los rencores ciegan,
quiso al pobre murciélago
ajustar cierta cuenta,
cuando éste habló, mostrando
mas miedo que vergüenza:
—No afileis vuestras uñas,
mi señora y mi dueña;
ved que yo no soy pájaro,
no me hagais tal ofensa.
¿Qué es lo que hace á las aves?
No es la pluma?... Simpleza
fuera por tal tenerme.
Yo habito las despensas,
pues soy un ratoncillo
de muy humilde esfera.
¡Qué vivan los ratones!
¡Viva mi parentela!
Este falso discurso
que oyó la comadreja,
le valió marchar libre
quedando ella contenta.

Biblioteca Nacional de España

Cuantos en este mundo
mienten con desvergüenza
y encuentran en él necios
y tontos que los crean!—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA III.

LA NECESIDAD.

Anton el molinero cargó un dia
con un costal de harina su borrico
y dijo á un hijo suyo:—Mira, chico,
coge este burro y vé en un periquete
á llevar á la tia Calandanga
este costal de harina: Corre, vete.—
Enjugó con la manga
una lágrima el chico, y dijo:—Padre,
yo no voy, pues discurro
que me voy á ver negro
si en el camino se me cae el burro,
ó hace en el polvo cama.
—Eso, repone Anton, no te dé pena;
si te sucede, llama
á la necesidad, que irá al momento
y en un Jesús te cargará el jumento.—
Atizó cuatro lapos en las ancas
el chico al burro y emprendieron ambos
su camino por zancas y barrancas;
pero al llegar á un sitio donde habia
mucho polvo, el borrico

Biblioteca Nacional de España

dijo, rabiando por soltar la carga:
—¡Ay que polvo tan rico
para dormir la siesta!—
Y asi diciendo, se tumbó á la larga.
Palo vá, palo viene,
tantos el chico al jumentillo pega
que áun en las ancas las señales tiene;
pero viendo que brega
inutilmente, le soltó la carga,
y solo así se levantó el jumento.
—Necesidad! esclama el pobre chico,
Necesidad! hágame usted la gracia
de venir á cargarme este borrico.—
Espera un rato, pero nadie acude;
vuelve á llamar y nadie le responde;
y convencido al fin de que no hay nadie
que en tan penosa situacion le ayude,
—«La industria, dice, ayudará mi brazo»—
Y ¿qué hace? el asno arrima,
en seguida á un ribazo,
y llevando el costal hasta alli á vueltas,
al fin al asno se le planta encima
y á casa de la tia Calandanga,
mas alegre llegó que una charanga.
Cuando volvió al molino,

Biblioteca Nacional de España

le preguntó su padre si le habia
ocurrido algun lance en el camino,
y el muchacho al momento
le contó la ocurrencia del jumento.
—Llamé, dice, cien veces
á la Necesidad, pero no vino.—
Y Anton replica:—Te equivocas mucho,
pues ella fué quien te cargó el pollino.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA IV.

CARRERAS RÁPIDAS.

Cruzaba un vapor ligero
las aguas del Océano,
por su larga chimenea
columnas de humo lanzando.
Débil dique son las olas
que ván á impedirle el paso,
porque su quilla y sus ruedas
vencen todos los obstáculos.
Apenas en lontananza
se distingue un punto blanco
que semeja de un navio
las velas, le alcanza rápido
y pasa como una flecha
por uno de sus costados.
Entonces los marineros
del vapor, dicen ufanos
á los del buque: — Señores,
nosotros sí que avanzamos
y no ustedes, que caminan
á carrera de galápago.

Biblioteca Nacional de España

¡Qué calma se necesita,
qué buen genio es necesario,
para sufrir con paciencia
el navegar á ese paso!
Mientras ustedes diez millas
andan, nosotros andamos
hasta veinte, y si nos place
andarémos veinte y cuatro.
—En buen hora, amigos mios,
les contesta un hombre anciano,
que en el castillo de popa
gozaba un corto descanso:
corred, corred como el viento,
sobre el agua deslizaos,
y gozad de esas delicias
que nosotros no envidiamos.
Al cabo de la jornada
veremos quien gana y cuanto,
pues por mucho madrugar
no amanece mas temprano.
—Hasta la vista, contestan.—
—Dios les libre de un naufragio—.
Y prosiguieron su ruta
ambos á dos caminando,
el buque poquito á poco,

Biblioteca Nacional de España

y el vapor como un relámpago.
Este no bien estaria
media milla separado
del otro, cuando queriendo
correr mas veloz que el rayo,
se reventó la caldera
y se hizo dos mil pedazos,
y los pobres marineros
fueron de los peces pasto.
Poco despues los del buque
de vela, cerca pasaron
del lugar de la catástrofe,
y dijo el prudente anciano:

—Este ejemplo, compañeros,
debe haceros siempre cautos,
pues los que mucho adelantan
y en poco tiempo, no es raro
que atrasen en un instante
todo lo que adelantaron.—P.

Biblioteca Nacional de España

FÁBULA V.

QUIEN ES MAS POBRE?

(La Fontaine).

Vivian, no sé cuando
ni tampoco en qué calle,
un remendon que nunca
tenia veinte reales,
y un rico con mas onzas
que en un palacio caben.
El zapatero, mozo
alegre como un baile,
se levantaba al alba
y bate que te bate,
ó cose que te cose,
cantaba unos cantares
tan buenos, que las gentes
por mañana y por tarde
con tanta boca abierta
se estaban escuchándole.
El rico, su vecino,
metido en sus afanes,
á las mil y quinientas

Biblioteca Nacional de España

iba siempre á acostarse,
y hasta rayar el alba
por mas que lo intentase
no pegaba los ojos
pensando en sus caudales;
y aun entonces apenas
descansaba un instante,
porque al punto el maldito
del zapatero, dale
que dale con su canto,
solia despertarle.
El rico se quejaba,
pero era todo en valde,
que el remendon decia:
—Váyase usted al diantre
ó acuéstese á las horas
en que todos lo hacen.
Cuando uno está contento
es natural que cante;
si usted no lo está, vea
de estarlo, ó si no rabie.
—Porqué, esclamaba el rico,
no ha de poder comprarse
con el dinero el sueño
como el pan y la carne?

Biblioteca Nacional de España

¿De qué sirve el dinero
si no dá..... Pero tate,
que ya he encontrado medio
de que ese mirlo calle.
Diga usted, señor Lucas,
preguntó muy afable
al zapatero ¿cuánto
suele al año ganarse?
—Al año!! esclamó Lucas;
yo no entiendo esa clase
de cuentas.... Lo que gano
lo gasto.... y adelante.
—Pero vamos, y un dia
con otro ¿á como sale?
—Unos mas y otros menos,
eso es conforme cae.
—Pues bien: en este mundo
no debe vivir nadie
sin algunos ahorros
para los casos graves;
quiero que usted conserve
estos quinientos reales,
que puede caer malo
ó el trabajo faltarle.
El pobre zapatero

Biblioteca Nacional de España

creyó ver los caudales
de Creso entre sus manos,
y pescando al instante
los cuartos, sin siquiera
decir «Dios se lo pague»,
los enterró y con ellos
su alegría envidiable.
Cesaron desde entonces
sus alegres cantares,
perdió su dulce sueño
y fueron á hospedarse
con él los sobresaltos
y la inquietud constante;
de dia, no podian
sus ojos apartarse
del escondite donde
tenia el fatal gaje,
y si de noche un gato
sonaba, era indudable
que el gato su tesoro
querido iba á llevarse.
El pobre Lucas iba
poco á poco quedándose,
con tantas inquietudes,
lo mismo que un alambre,

Biblioteca Nacional de España

hasta que dijo al rico:
—Esto es insoportable;
tome usted su dinero
y haga el favor de darme
con dos mil de á caballo,
mi sueño y mis cantares.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA VI.

LOS HEREDEROS.

Víctima de un mete y saca
de un toro de Colmenar,
estaba una pobre jaca.
tendida en el muladar.
Y antes de que diera en él
el suspiro postrimero,
ya la acechaba el trapero
para arrancarle la piel.
Los negros buitres volaban
del barranco en rededor
y su presa contemplaban
con ansiedad y temor,
Porque el maldito trapero
los espantaba de allí,
para quedar él así
universal heredero.
La jaca que los miró
riñendo por sus despojos,
elevó al cielo los ojos,
y de esta manera habló:

Biblioteca Nacional de España

—Aun tendida me mirais
en el lecho del dolor,
y ya con fiero rencor
por mi herencia disputais?
No estraño que los primeros
vengan los buitres, que el nombre
llevan ya de carniceros....
¡pero que se acerque el hombre!
Si reñis como leones
cuando solo al mundo dejo
carne, huesos y pellejo,
¡qué si dejára millones!
¡Qué ambicion tan insensata!...—
No dijo mas; se trabó
su lengua.... estiró la pata....
dió un gemido, y.... espiró.

¡Cuánto buitre hay en el mundo!
La jaca dijo el por qué
van á disputar al pié
del lecho del moribundo.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA VII.

LAS OBRAS DE DIOS.

Cuéntase que allá en tiempo
del rey Perico había,
ignoro donde, un sapo
y un topo que creían
ser los mejores mozos
de toda la provincia,
y han de saber ustedes,
si es que no lo sabian,
que en aquel tiempo el sapo
tenía su colita,
aunque tambien es cierto
que de ojos carecía,
y que tenía el topo
una escelente vista,
si bien es indudable
que cola no tenia.
Cuentan tambien que el sapo
se pasaba los dias
diciendo:—Es un demontre
que yo privado viva

Biblioteca Nacional de España

de contemplar mis gracias
en la onda cristalina.
Soy guapo, en cuanto á eso
no tengo á nadie envidia,
pero tambien es mucha
pena y mucha injusticia
que uno no sea dueño
de contemplar su linda
figura, cuando todos
la miran y remiran.
Las ranas, por ejemplo,
no deben en su vida
contemplarse en las ondas,
pues son todas feísimas,
y sin embargo tienen
ojos que dan envidia.
Y yo carezco de ellos,
yo que tanto podria
gozar, mis perfecciones
viendo todos los dias!
Luego vendrán diciendo
que Dios todo lo cria
perfecto en este mundo....
Esa es grilla y muy grilla.—
En tal discurso el sapo

Biblioteca Nacional de España

pasaba todo el dia
y siempre iba á acostarse
con una coragina.
—Se ven, decia el topo,
unas anomalías
en la naturaleza,
que parecen mentira.
Los sapos, los ratones
y hasta las lagartijas,
son mas feos que Tito,
y sin embargo empinan
y lucen cada uno
su cola respectiva.
Y yo, cuyos encantos,
sin cola y todo, envidian,
Adonis y Narciso,
carezco de la mia!
Que me vengan diciendo
luego que es la justicia
de Dios perfecta en todo....
Cuéntenselo á su tia.—
Pasaba el topo en estas
y en otras invectivas
el tiempo, y de tal modo
le dominaba la ira,

Biblioteca Nacional de España

que se temió muriese
de alguna apoplegía.
En los huesos pelados
uno y otro se iban
quedando, pues de rabia
ni uno ni otro comían.
A dar un paseito
fueron los dos un día
y se encontraron ambos
cuando á casa volvían.
Despues de saludarse
con bastante política,
—Que se hace usted, vecino?
dijo el topo. Y se le iban
los ojos tras la cola
que el otro sacudía.
—Ando, responde el sapo,
dando una vueltecilla
por estos andurriales;
pero hay tanta maldita
mosca, que dado mucho
pudiera resistirlas
á no ser por la cola
que las espanta y quita.
Y usted ¿que se hace?—Vengo

Biblioteca Nacional de España

á recrear la vista
un rato, contemplándome
en estas fuentecillas.
—Feliz quien tiene ojos!—
—Feliz quien cola empina!—
—Hagamos una changa.—
—Es cosa decidida.—
Y entre si pelo á pelo,
si mas vale la mía,
si quiero encima tanto,
si quiero tanto encima,
cambiaron sapo y topo
vista y cola en seguida.
Mas como el *exequatur*
del rey se necesita
para dar á estos actos
la validez debida,
y el uno como el otro
gustaban de las vias
legales, impetraron
las sanciones prescritas
del leon, soberano
de aquella monarquia.
Contar las antesalas,
las idas y venidas,

Biblioteca Nacional de España

la dilacion y gastos
con que las oficinas
los fastidiaron, fuera
tarea muy prolija;
baste saber que al cabo
sancionó con su firma
el cambio convenido
su magestad leonina.
Ya tenemos al sapo
con escelente vista
y al topo con su cola
que vanidoso empina;
pero, viendo el primero
que las moscas le pican
y, falto de su cola,
no puede sacudirlas,
hecho un vinagre esclama;
—Donde estás, cola mia!!—
Y atruena con sus quejas
oteros y campiñas.
—Debo estar, dice el topo,
muy guapo.—Y se encamina
tan contento á una fuente
que cerca de allí habia;
pero al ir á acercarse

Biblioteca Nacional de España

al agua cristalina,
esclama echo un veneno:
—Donde estas vista mia!—
Y atruena con sus gritos
todas las cercanías.
Y como que engañados
entrambos se imaginan,
el topo odia la cola
y el sapo odia la vista,
y ambos desesperados
van á pasar la vida
donde nadie los vea,
el sapo en la inmundicia
de hediondos muladares
que todo el mundo esquiva,
y el topo en las entrañas
de la tierra escondidas,
diciendo el sapo:—Si alguien
viene con que no cría
Dios las cosas perfectas,
le diré que esa es grilla.—
Y el topo:—Si alguien viene
con que no es la justicia
de Dios perfecta en todo,
cuénteselo á su tía.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA VIII.

JUICIOS DEL PÚBLICO.

Diz que en Italia ocurrió
en tiempo de Rafael,
que un cuadro un jóven pintó
y á su puerta le colgó
con el siguiente cartel:
«Oh público! si te agrada
«el cuadro que te presento,
«dilo; si te desagrada,
«dime que no vale nada
«y le quitaré al momento.»
A silvidos recibió
el cuadro la muchedumbre
cuando el aviso leyó,
y el artista lo escuchó
con la mayor pesadumbre.
Pero queriendo probar
nueva fortuna, dispuso
el cuadro otra vez colgar,
y con paciencia se puso
el nuevo fallo á esperar.

Biblioteca Nacional de España

Estaban desvanecidos
sus sueños, sus esperanzas....
mas vió luego convertidos
en aplausos los silvidos,
las burlas en alabanzas.

Siempre el público está lleno
de gente inconstante y vana;
lo que hoy le parece bueno,
mal le parece mañana.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA IX.

LA FUENTE.

Yendo Antonio de camino,
cerca de una fuentecilla,
se echó al cuerpo una tortilla
y una botella de vino.
Como no tenía ganas
de beber agua, esclamó
á penas la fuente vió:
—Agua! qué asco! cría ranas.
Mi sed con vino aplaqué;
yo si que puedo decir
contra el general sentir,
«de esta agua no beberé.»—
Y en prueba de la aversion
que al agua fresca tenía,
la puso como legía
urgando con el baston,
y no contento con tantos
desprecios, el insolente
llenó en seguida la fuente
de porquería y de cantos;

Biblioteca Nacional de España

mas, como la libacion
habia sido abundante,
quédose de allí á un instante
dormido como un liron,
y á corto rato, merced
á haber empinado el codo,
tuvo sed, y de tal modo
que le despertó la sed.
—Ven acá, botella mia!—
dijo, echando mano á ella;
pero estaba la botella
enteramente vacía.
Y como su sed ardiente
crecía en intensidad,
se vió en la necesidad
de recurrir á la fuente.

—Fuente, dijo, te enturbié
y agua te vengo á pedir....
Nunca volveré á decir
de esta agua no beberé.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA X.

VANIDADES INFUNDADAS.

Pasaba todo el dia
Juan en el campo
guardando las ovejas
de su rebaño,
Y al sol tendido,
daba al viento los sones
del caramillo.
Unas veces comia
pan y cebolla,
y otras pan y tomates
ó zanahorias.
Su cama era
el elevado pico
de alguna peña.
En el invierno estaba
Juan tiritando,
y muerto de sudores
en el verano,
Y su camisa
era siempre tan negra

Biblioteca Nacional de España

como la tinta.
Sucedió que un ricacho
de aquellos pueblos
llevó á Juan á su casa
para doméstico.
Con esto solo
Juan por poco revienta
de puro gozo.
Le pusieron librea
de mil colores
ostentando de plata
ricos galones,
Chupa encarnada,
zapatos con evilla,
corbata blanca.
Juanillo al contemplarse
tan currutaco,
se olvidó en un momento
de su rebaño.
Y aun hay quien dice
que llegó á figurarse
ser algun príncipe.
Volvia la cabeza
como corrido,
cuando encontraba á algunos

Biblioteca Nacional de España

deudos ó amigos;
Porque la mano
los de arriba no tienden
á los de abajo.
Tales eran sus humos
y orgullo necio,
y tales los resabios
que fué adquiriendo,
Que al fin y al cabo
tuvo por muy seguro
que él era el amo.
Cansado este, el importe
de su soldada
le dió, y en seguidita
le echó de casa.
Y avergonzado
vistió Juan su chaqueta
de paño pardo.
De parientes y amigos
se acordó entonces,
y decidió pedirles
dos mil perdones.
Llamó á sus puertas,
mas en todas le daban
esta respuesta:

Biblioteca Nacional de España

—Si porque eras lacayo,
Juan, te olvidaste
de que fueron muy pobres
siempre tus padres,
¿Por qué en su altura
no clavaste la rueda
de la fortuna?
Para pastor antaño
muy bien servias:
ahora ni aun para eso,
Juan de mi vida.
Oye esta copla
y procura aprenderla
bien de memoria:

Es punible el orgullo,
Juan, en los grandes,
mas es en los pequeños
insoportable.
Quien bien se quiera,
evite del orgullo
las consecuencias.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XI.

DE MÁLAGA Á MALAGON.

Encontrándose un día doña Clara
con un hombre en su cuarto cara á cara,
dijo:—Si me echa ese ladron la mano,
me degüella lo mismo que á un marrano.
Y yendo entonces al balcon ligera,
saltó por él y se estrelló en la acera.

Huye el peligro y al huirle cuida
de no esponer á otro mayor tu vida.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XII.

HAZ BIEN Y MIRA A QUIEN.

Cogió entre zarzas y abrojos
unos cuervos Sebastian,
los crió con carne y pan....
y le sacaron los ojos.

—

Haz bien sin mirar á quien,
dice un adagio vulgar;
pero se debe mirar
si se hace á cuervos el bien.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XIII.

EL RECATO.

Deseaban las hijas
de un comerciante
encontrar un cualquiera
con quien casarse,
y andaban siempre
de fiesta en fiesta, solo
porque las viesen.
Mas sin embargo de estas
y otras industrias,
á ninguna decian
por ahí te pudras,
pues las muchachas
que mas buscan, son siempre
menos buscadas.
Una porcion de telas
recibió un dia
su padre, y á comprarlas
todo el mundo iba,
de tal manera
que vendió en poco tiempo

Biblioteca Nacional de España

la mitad de ellas.
—Al público no he espuesto
las telas, dijo,
y vendo sin embargo
que es un prodigio;
los compradores
en cuanto las esponga
deben ser dobles.—
Dicho y hecho: á la puerta
las puso todas
con unos cartelones
en letras gordas;
mas desde entonces,
la tienda abandonaron
los compradores.
—En que diablos consiste
tal abandono?—
decia el comerciante
lleno de asombro;
y las doncellas
disiparon sus dudas
de esta manera:

—Es que las mercancías
y las muchachas,

Biblioteca Nacional de España

cuanto mas escondidas,
más deseadas.
La leccioncita
les valdrá un buen marido
quizá á tus hijas.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XIV.

EL TOPO Y LAS HORMIGAS.

Hacer un agujero
lograron tres hormigas
despues de mil afanes,
mil idas y venidas.
Reunieron al punto
unas cuantas espigas
de trigo, y decidieron
pasar allí la vida,
de la paz y el retiro
gozando las delicias.
Pero como un adagio
muy verdadero afirma
que no duran un siglo
los males ni las dichas,
turbar aquella calma
quiso la suerte impía.
Un topo, que habitaba
cerca de las hormigas
y á quien trataban estas
no mas que por política,

Biblioteca Nacional de España

empezó á hozar el suelo
de su escondite un dia;
y como que á los topos
los privó Dios de vista,
sin querer hacer daño,
con la intencion mas pía,
derribó la morada
de las pobres hormigas,
y en medio de la calle
las puso de patitas.

—

Hay muchos en el mundo
que á los topos imitan,
y son los ignorantes
que acaso sin malicia
ni gana de hacer daño,
al prógimo fastidian.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XV.

EN LA CULPA VA EL CASTIGO.

Diego era un hombre de intencion dañina,
de alma á la voz de la piedad tan sorda
que clavaba, á la vuelta de una esquina,
un puñal aunque fuera al sursumcorda.
Por el menor quítame allá esas pajas,
á su mejor amigo aborrecía,
tanto que nunca, aunque le hicieran rajas,
la palabra de Dios le dirijía.
Dicen que un dia se amoscó en el juego
y le dió tales trompis un ricote,
que esclamó lleno de corage Diego:
—Me he de vengar aunque me den garrote!—
Véamos pues, si á la venganza treguas
dió aquel perverso matachin de marca.
Tenia el rico un monte de dos leguas
que era envidiado en toda la comarca;
y Diego dijo para su coleto:
—Una cajita de cerillas busco
y así que duerma todo el mundo quieto,
de cabo á rabo el encinar chamusco.

Biblioteca Nacional de España

En cuanto tome fortaleza el foco,
como hombre soy sin aprension maldita,
mas listo que Cardona me las toco
y me vuelvo tan fresco á mi camita.
No ha de quedar en todo el monte un leño,
ya que no pude dar en el cogote
en una oscura callejuela al dueño....
Me he de vengar aunque me den garrote!—
Llega la noche, oscura como boca
de lobo, y Diego al monte se endereza,
y ¡chas! enciende un fósforo y le emboca
en un monton de yerba y de maleza;
saca otros ciento, hasta agotar la caja,
y uno tras otro al monte los aplica,
y como nadie su progreso ataja,
el incendio voraz se multiplica.
En cuanto ven los del lugar el fuego,
van á apagarle, y como aquella broma
puede costar el pasa-pan á Diego,
éste una senda enmarañada toma
diciendo:—Ahora llamaré á talones,
que en cuanto un poco de la luz me aparte,
no me echarán el guante á tres tirones.—
Y dicho y hecho; como el rayo parte.
Un huracan furioso se desata

Biblioteca Nacional de España

y como ensancha el círculo del fuego,
mas tras de Diego el fuego se dilata
cuanto mas huye del incendio Diego.
Se alza la llama en densos torbellinos,
y á sus fulgores que terror escitan,
á Diego ven al cabo sus vecinos,
y «á ese tunante! á ese tunante!» gritan.
La multitud furiosa le persigue;
ansioso busca las tinieblas Diego,
pero es en vano, que sus pasos sigue
como una sierpe luminosa el fuego.
—Esto va mal!—el incendiario esclama,
y aprieta el paso, pero todo en vano,
que al resplandor de la funesta llama,
le persiguen y al fin le echan la mano.

Diego pagó muy caro su delito:
cuando el verdugo le apretó el gañote,
cuentan que dijo el pobre muy contrito:
—Yo me vengué, pero me dan garrote!
Debe mi crímen recordar á ustedes
que se ven en el mundo con frecuencia
presos los malos en sus propias redes,
y que en la culpa vá la penitencia.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XVI.

EL VIEJO Y LOS CAMINANTES.

Caminaban un dia por un llano
un chico y un anciano,
y á un lugaron vecino
llevaban á vender cierto pollino.
Viólos un caminante
y les dijo al instante:
—Muchacho, vas á pié, gran majadero,
pudiendo ir sobre el burro caballero?—
Oyó el prudente viejo
este sábio consejo,
y parando el borrico,
sobre él con gran presteza subió al chico,
y él su camino prosiguió apoyado
en su corbo cayado.
—Chiquillo, tienes alma
para ir con esa calma
(dijo otro compasivo pasagero)
caminando ligero
mientras tu pobre padre se sofoca
y vá echando los bofes por la boca?—
El chico de contado

Biblioteca Nacional de España

se bajó avergonzado,
y subiéndose el viejo
escuchó á poco rato otro consejo.
—Miren y como al hijo
cuida ese viejo, un pasagero dijo:
él con comodidad y con holgura
y á pié la criatura!—
Montó el chico á las ancas,
y saltando por zancas y barráncas
diz que iban á galope, mas discurro
que poco puede galopar un burro.
—Dígame, buen anciano,
¿es suyo el rucio?—le pregunta ufano
el cuarto caminante.
—Para servir á usted—dice al instante
el viejo—Pues entonce
debeis tener el corazon de bronce
cuando tan mal tratais á esa alimaña.
Mas digno fuera de la culta España
que en lugar de cansarle,
entre los dos tratarais de llevarle.—
Contestó el viejo:
—Dice bien, amigo.—
y el otro replicó—
—Vaya si digo!—

Biblioteca Nacional de España

Del burro se bajaron
y las patas le ataron
con un cordel de cáñamo, y en estas
y las otras, á cuestas
tomaron al pollino
y siguieron muy serios su camino.
Como ahora ni antaño
se viera tan estraño
cuadro, acudió la gente
alegre y diligente
y con gritos y grandes carcajadas
los recibió á silbidos y á pedradas.
Espantado el borrico,
pegó una coz al chico
sentándole muy bien las herraduras,
y rompiendo sus fuertes ligaduras
al pasar por un puente,
pereció el animal en la corriente.

Quien á todos pretende
dar gusto, no lo entiende;
pues como el pobre viejo de mi cuento
perderá su jumento.
El dar consejos con saber profundo
es la cosa mas facil de este mundo.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XVII.

RIESGOS DE LA IMITACION.

Segun cuenta un afamado
compilador de consejas,
pacian unas ovejas
cierto dia en un collado.
Y estaban como un alambre,
pues como yerba no habia
á causa de la sequía,
las pobres rabiaban de hambre.
—Cuanto cuesta la pitanza!
dijo un carnero formal
que buscaba un herbazal
en donde llenar la panza.
Mire usted que la pension
del estómago es tirana:
comemos hoy, y mañana
vuelta á la misma cancion.»—
Aunque la paciencia pierde,
á esta reflexion se entrega;
pero de pronto en la vega
divisa un campo muy verde.

Biblioteca Nacional de España

—Somos felices! esclama
dando saltos de contento,
y es consiguiente, al momento
á sus compañeras llama.
—Mirad, les dice, allí está
lo que cada cual desea....
Conque compañeras, ea,
seguídme y vamos allá.—
Oyó una cabra el reclamo
y dijo, allá en su lenguage:
—Conque tenemos forraje?
Pues á la parte me llamo.—
Y, pues para que os quiero,
sin hablar otra palabra,
parten ovejas y cabra
guiadas por el carnero.
Corren ante el espectáculo
de aquella verde pradera;
mas detiene su carrera
un inesperado obstáculo;
es un profundo torrente
de tan escesiva anchura,
que será la sepultura
de quien vadearle intente.
La cabra, que creo yo

Biblioteca Nacional de España

era de las mas flemáticas,
acudió á las matemáticas
cuando de lejos le vió,
diciendo:—Abarco lo mas
tres varas de cada brinco;
el torrente tendrá cinco....
Pues señor, me vuelvo atrás.—
Y sin hacer ningun caso
de instancias ni de protestas,
á las inmediatas cuestas
se volvió pasito á paso....
—Ancho es el torrente á fé,
cada oveja se decía;
pero es mi filosofía
hacer lo que hacer se vé.—
Salta el carnero al torrente,
y todas tras él saltando,
van una á una encontrando
sepultura en la corriente.
Vió desde un cerro esta escena
de desolacion la cabra
y tomando la palabra,
dijo, llorando de pena:

—Aunque el uso tergiverse,

Biblioteca Nacional de España

siempre por necio tendré
al que hace lo que hacer vé
y no lo que debe hacerse.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XVIII.

ORO Y TALENTO.

Juan era un niño,
Pedro era un hombre,
Juan era un sábio,
Pedro era un zote.
Hizo la suerte
á Juan muy pobre
y dió á Perico
muchos doblones.
El uno galas
gastaba y coche,
y el otro nunca
tuvo calzones.
Todos al rico
hacian la corte,
y ni aun queria
mirar al pobre,
porque esclamaban
aquellos torpes:
—Pedro es un sábio,
Juan es un zote.—

Biblioteca Nacional de España

Diz que al oirlo,
Juan sonrióse,
murmurando estas
ú otras razones:

—Quien por el oro
mide á los hombres,
se espone á muchas
aberraciones;
pueden comprarse
todos los goces,
mas no talento
con los millones.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XIX.

NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS.

Tras esfuerzos no pequeños,
en una casa un ladron
se introdujo, en ocasion
que estaban fuera los dueños.
Todavia era aprendiz
y no pecaba de listo,
mas le dieron por lo visto
las onzas en la nariz,
porque como una saeta
se plantó en un gabinete
y sacó en un periquete
mas de mil de una gabeta.
Sobre un tocador el saco
colocó, de onzas repleto,
y se puso á atarle prieto
el descendiente de Caco;
bajo la capa le mete
al fin con mano resuelta,

Biblioteca Nacional de España

pero de pronto le suelta
y lo mismo que un cohete
escapa por la ventana,
pues ó tiene trampantojos
ó acaban de ver sus ojos
allí una figura humana.
A ser el ladron mas viejo
no hubiera escapado, no,
pues la figura que vió
fué la suya en el espejo.

Con cuánta razon, con cuánta
cierto filósofo ha escrito
que á quien cometió un delito
su propia sombra le espanta!—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XX.

EL MARINERO Y LA PERLA.

Paseando por la orilla
de la mar,
sobre la arena amarilla
vió brillar
un adusto marinero
un objeto reluciente,
y al acercarse ligero
vió una concha solamente.
—Voto á mi señor Neptuno,
esclamó,
ese brillo inoportuno
me engañó!—
Y de un puntapié la envía
á diez pasos de distancia,
mas contuvo su arrogancia
una voz que le decia:
—Marinero, no la tires,
vé á cogerla
para que en su seno admires
rica perla.—

Biblioteca Nacional de España

Hizolo asi en el momento
y al ver su mucha riqueza,
inclinando la cabeza
dijo con sentido acento:

—Hombres, nada desprecieis
de cuanto este mundo encierra:
¿No dá el seno de la tierra
todo el oro que teneis?—P

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXI.

EL EGEMPLO.

Cuenta un frances cuyo nombre
huyó de nuestra memoria,
porque fácilmente al hombre
se le vá el santo á la gloria;
cuenta, decimos, que un día
en una ciudad que espresa,
se sentó como solia
una familia á la mesa.
Segun los datos completos
que tenemos á la vista,
constaba de los sugetos
que marca la adjunta lista:
Un viejo temblon y cano,
dos esposos, por lo visto
hijo y nuera del anciano,
y un niño travieso y listo.
Cada cual con mucho celo
el estómago repara,
mas hete que al pobre abuelo
se le escurre la cuchara,

Biblioteca Nacional de España

y como que es de metal,
hace doscientos añicos
un plato de pedernal,
por mas señas, de los ricos.
Marido como muger
gritan con mil desacatos:
—A ese modo de romper,
no ganamos para platos.—
Continuó la pelotera
y cuentan que al otro día
en un plato de madera
el pobre viejo comía;
mas tan mal se las compuso
como estaba tan temblon,
que pan y manteles puso
hechos una perdicion.
—Esto ya pasa de raya!
gritan marido y muger;
levántese usted y vaya
á la cocina á comer.
Y si allí no le conviene,
vaya á comer al establo,
que á todos dados nos tiene
con su suciedad al diablo—
En cuanto oyó este consejo

Biblioteca Nacional de España

ó mas bien este mandato,
bajó la cabeza el viejo
y se largó con su plato;
y desde aquella funcion
despachaba en la cocina
tristemente su racion
por evitar tremolina.

Llorando el anciano un dia
la ingratitud de sus hijos,
sus tristes ojos tenia
el pobre en su nieto fijos,
y al ver que un madero grueso
el niño añoso esconde,
le dice: —Para qué es eso?
y su nieto le responde:
—De este madero saldrá
un plato de buena clase
para que papá y mamá
coman cuando yo me case—

Y esclama el mísero anciano:
—Hará lo que hacen conmigo!
¡Dios mio! tu santa mano
puso en la culpa el castigo!—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXIII.

LA PUREZA.

Dicen que hay un animal,
no sé donde,
que en limpieza es sin igual,
pues ni corre ni se esconde
cuando el hombre le hace guerra;
y éste, que lo observa todo,
al pobre animal encierra
en un círculo de lodo.
Y el armiño que lo vé
se está quieto.
Y dice:—no pasaré;
á la muerte me someto
antes que sentar la planta
en este lodo—
Y tirano,
el cazador se adelanta
y le echa al punto la mano.

En el alma la pureza

Biblioteca Nacional de España

guarda, niño,
imitando la limpieza
del armiño.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXIII.

UNO DE TANTOS.

—Quien es este?—decía
cierto muchacho
mirando atentamente
cierto retrato.
—Toma, no le conoces?
Pues si ese es nuestro
Calderon de la Barca—
le respondieron.
—Y que méritos hizo,
siguió el muchacho,
para que le retraten
en este cuadro?—
—Calla, con que lo ignoras?
Hizo comedias—
contestó el que escuchaba
tales simplezas.
Y el chico dijo entonces
para su sayo:
—A mí me agradaría
ver mi retrato.

Biblioteca Nacional de España

Ya que á uno le retratan
si hace comedias,
retratito tenemos,
me pongo á hacerlas—
En efecto, muy pronto
terminó una
y llamó á sus amigos
á su lectura.
Calcúlese el atajo
de disparates
que escribiría un joven
tan ignorante.
Tales y tantos fueron
que sus amigos
la lectura atajaron
con sus silbidos;
y al mismo á quien tenían
hasta allí todos
si nó por muy discreto
no por muy tonto,
con razon reputaron
grandes y chicos
desde aquella ocurrencia
por un borrico.

Biblioteca Nacional de España

[81]

Porque las obras malas
son tan nocivas,
que en lugar de dar crédito,
desacreditan.—T. 1

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXV.

LA INESPERIENCIA.

En una verde pradera,
iba por el cesped blando
una niña juguetéando
cual mariposa ligera.
Placentera
cortaba la pura flor
que en su carrera encontraba,
ó con su canto imitaba
los trinos del ruiseñor.
Vió una rosa y diligente
tendió la mano inesperta,
y á su lado encontró abierta
la boca de una serpiente.
La inocente
cuando tan pintada vió
la piel del reptil, gozosa
dejó en su tallo la rosa
y la serpiente cogió.
La ocultó en su blanco seno,
pero la ingrata en seguida

Biblioteca Nacional de España

la picó, y mortal veneno
inoculó por la herida.
Fué mordida
por el reptil sin clemencia,
y encontró de aquella suerte
la pobre niña su muerte
en pago de su inocencia.

=

No te cieguen la hermosura
ni el lujo deslumbrador,
porque ocultarse procura
bajo su manto el traidor.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXV.

LA PARTICION DE LA TIERRA (1).

Jupiter dijo á los hombres
desde su trono elevado:
—Vuestro es el mundo, tomádle,
que por siempre os le regalo
para que goceis de él todos;
y únicamente os encargo
que al hacer las particiones,
os arregleis como hermanos.—
Todos los que opcion tenian
al mundo, á correr echaron,
así mugeres como hombres,
así mozos como ancianos;
apoderóse el labriego
de los frutos de los campos,

(1) Hemos traducido con la posible exactitud esta fábula de Schiller. La circunstancia de haberse anticipado á nosotros el señor Hartzenbusch, parece que debiera habernos retraido de este trabajo; mas como el de aquel distinguidísimo literato mas bien consiste en una imitacion que en una traduccion, hemos querido dar á conocer la linda composicion del gran poeta aleman tal como este la escribió.

Biblioteca Nacional de España

cogió el hidalgo los bosques,
cargó el mercader sus carros,
se hicieron dueños del vino
mas rico los eclesiásticos,
y estableciendo los reyes
los portazgos y pontazgos
en sus dominios, hicieron
al pueblo su tributario.
Las particiones habian
concluido hacia rato,
cuando apareció el poeta
su parte tambien buscando;
mas era tarde, que todos
los bienes estaban dados.
—Triste de mí! Yo, tu hijo
mas fiel, he sido olvidado!—
decia, el trono de Júpiter
con sus lágrimas regando.
Y el Dios le responde afable:
—Por qué me acusas de ingrato
si en el reino de los sueños
te quedaste rezagado?
Dónde estabas, hijo mio,
cuando hicieron tus hermanos
las particiones del mundo?

Biblioteca Nacional de España

—Señor, estaba á tu lado;
mis miradas contemplaban
tu esplendor y tus encantos,
y la armonía celeste
mi oido estaba escuchando.
Ten compasion de las almas
que en el embeleso santo
de tu luz, dan al olvido
todos los bienes mundanos.
—Qué haremos! esclama Júpiter,
qué haremos si ya están dados
vinos, mercancías, mieses,
bosques, jardines y campos?
Quieres venir á mi cielo?
De hoy mas sus puertas te abro;
sube al cielo cuando quieras
y colócate á mi lado.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXVI.

EL TRABAJO.

Diego era un holgazan como una loma,
y su padre un labriego
trabajador, sencillo, y tan buen hombre
como por este cuento vereis luego.
—Ni un comino me importa que se rian
de mí, (decía el hijo) ni me asombro....
Quien quiera trabajar que arrime el hombro.
¡Cuantos por mí su suerte cambiarían!
Yo cómo, me divierto y me paseo,
todo sin trabajar; por lo que creo
que fuera una tontada, sino un vicio,
el ponerme á aprender ningun oficio.—
—Dieguito, le decía el pobre padre,
trabaja y no me apenes:
mira que siempre vienes
á apurar mi bolsillo gota á gota:
si mañana se agota,
de qué has de subsistir sin saber nada?—
El hijo, alegremente
silbando una tonada,

Biblioteca Nacional de España

se salía á la calle, y no era raro
que en seguida rompiese los cristales
de la casa de enfrente,
y en cambio le rompiesen á él un diente.
Murió el padre de Diego, y este—es claro—
se encontró sin oficio ni dinero,
pues sólo era heredero
de un dilatado monte en que abundaban
los animales bravos,
pero que en su concepto no valía
siquiera tres ochavos.
Tuvo hambre, tuvo sed.... y tentaciones
de quitarse la vida; mas un dia
encontró estos renglones
trazados por la mano de su padre:
»Aunque acaso, hijo mio, mal te cuadre,
»te dejo un monte de maleza lleno:
»haz carbon de la leña, y es seguro
»que el carbon trocarás por oro puro.»
Leyólo Diego y dijo avergonzado:
—Los que hacen lo que yo son muy borricos—
Se dedicó al trabajo de contado
y juntó mas tesoros
que pudieran juntar doscientos moros,
(si es que todos los moros son muy ricos).

Biblioteca Nacional de España

Nadie en el clavo la herramienta cuelgue,
porque sinó, de fijo
no faltará quien en su mal se hüelgue
y diga de él lo que mi Diego dijo.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXVII.

LOS TRES AMIGOS.

Segun Herder, un sugeto
que tenía tres amigos
á dos de ellos profesaba
el mas profundo cariño,
y á la amistad del tercero
se mostraba siempre frio.
Cierto día fue acusado
de un horroroso homicidio
y se hallaba con el alma,
como quien dice en un hilo,
aunque era el hombre inocente
de tan bárbaro delito.
—Amigos mios, me acusan
de un asesinato, dijo,
y el juez, segun me han contado,
está como un basilisco.
Soy inocente y deseo
que vengais los tres conmigo
á deponer mi inocencia
en calidad de testigos.—

Biblioteca Nacional de España

Dió por escusa el primero
unos asuntos precisos;
acompañóle el segundo,
si bien un poco remiso,
pero así que vió la turba
de centinelas y esbirros
que el tribunal custodiaban,
volvió pies atrás, mas listo
que Cardona, temoroso
de que le echaran los cinco.
No esperaba el acusado
mucho del tercer amigo,
pero este fiel y animoso,
compareció ante el ministro
de la ley, y al acusado
defendió tan á lo vivo
que declarado inocente
fué en aquel instante mismo.

Tres amigos tiene el hombre
en el mundo en que vivimos,
¿Como se portan con él
ante el tribunal divino?
El *dinero* es el primero
de los tres en su cariño,

Biblioteca Nacional de España

y es el primero tambien
que le abandona mezquino:
Los *deudos* y los *parientes*
tiene por segundo amigo;
hasta junto á su sepulcro
van haciendo pucheritos,
mas se asustan de la muerte
y se vuelven atrás listos
diciendo, á lo mas:—Allá
nos esperes muchos siglos.
Por último, son las *obras*
buenas su tercer amigo;
y aunque con indiferencia
por él miradas han sido,
de tal modo le defienden
ante el tribunal divino,
que al fin el manto de gracia
cubre todos sus delitos.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXVIII.

LAS APARIENCIAS.

Erase que se era
una mona ligera
enemiga de un perro
respetable, formal y cachazudo.
Siempre escondido y mudo
y huyendo todo trato
con la mona, cualquiera
al ver aquel perrazo, pensaría
que no habia en su vida roto un plato.
No se pasaba un día
sin que á la mona regañase el amo,
porque cualquiera falta que notaba
sin consideracion se la achacaba.
Como á ella estas quimeras
la importaban muy poco,
tardaba en consolarse del disgusto
menos que tarda en persignarse un loco.
Sin embargo es muy justo
dejar en esta historia consignado,
que al fin su mal humor llegó á su colmo,

Biblioteca Nacional de España

porque fuera pedir peras al olmo
el pedir á una mona tal sosiego.
—De esta vida reniego,
la infeliz repetía;
ya no puedo sufrir la tiranía
de ese hombre.... es imposible;
morir de un torozon es preferible.
Por que á su lado brinco
y corro, y me divierto lo que puedo,
¿ha de echarme los cinco
para pegarme bien por la mañana
y á la tarde zurrarme la badana?
El corage me ahoga
cuando por ahí con el mastin tropiezo;
si tuviera una soga
le apretaba el pescuezo.
El á lo socarron se las gobierna,
hace su gusto y lo demás es cuento.
Mientras yo me lamento
se pone de comida hasta el gollete,
y así me compromete
y pago sus proezas.
Hipócrita, embustero, y ocultando
sus vicios, de virtudes con la capa,
á tientas las atrapa

Biblioteca Nacional de España

y las mata callando.
¡Quién tuviera la llave de los males,
para darle siquiera un accidente!
Pero se acerca gente....
es el amo.... pongámonos formales.—
—Acérquese usted, dijo
entrando el amo, con afan prolijo
mirando los rincones:
¿Dónde están los calzones
que me suelo poner para ir de gala?—
—Señor, en esa sala
los coloqué hace un rato;
le contestó la mona temblorosa;
y ved que es triste cosa
que las culpas del gato
pague yo, y las del perro
que me ha tomado á mí por testaferro.
—Tu todo lo revuelves.—
—Nada toco.—
—El no se mueve nunca.—
—Si se mueve.—
—Yo jamás me equivoco.—
—El á todo se atreve.
Creedme, señor mio,
soy víctima inocente.—

Biblioteca Nacional de España

—Ahoras verás el brío
conque te pongo el cuerpo bien caliente.—
Y sin mas replicar oste ni moste,
la amarró bien á un poste
y ¡zis, zas! ahora quiero, ahora no quiero,
la dejó medio muerta de una tunda.
—Que un rayo me confunda,
la mona repetía,
si cogí los calzones:
cerca el perro se hallaba
cuando los ví.... llamadle
y si culpable ha sido, castigadle!—
Saliendo el amo reparó en el perro
cuyo crímen pregona
su agitado semblante,
y el hombre en el instante
se quedó mas corrido que una mona.

—Estas son, esclamó, segun discurso,
de obrar con prevencion las consecuencias....
Que me dén cien azotes sobre un burro
si volviere á juzgar por apariencias.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXIX.

ENGORDAR PARA MORIR.

(La Fontaine).

Un día doña Rata
por un resquicio estrecho
colóse en la despensa
del párroco de un pueblo.
La pobre había estado
un mes ó mes y medio
postrada en una cama
con calenturas creo,
y es consiguiente, á fuerza
de dieta y sufrimientos
la pobrecita estaba
lo mismo que un fideo.
Es por demás sabido
que todos los enfermos
convalecientes, tienen
apetito tan bueno
que comen, comen, comen,
y siempre están hambrientos;
asi es que doña Rata

Biblioteca Nacional de España

estuvo un mes lo menos
metida en la despensa
zampa que zampa queso,
turrones, empanadas,
chorizos y torreznos,
y ¡ya se ve! se puso
al cabo de este tiempo
tan rolliza, que apenas
cabía en el pellejo.
Acabó una mañana
de despachar su almuerzo
y á mondarse los dientes
se puso con sosiego;
mas hete aquí que entrando
el ama de gobierno,
la vé y garrote en mano,
la embiste hecha un veneno.
Es claro, doña Rata,
pies para que os quiero,
corrió á buscar salida
por el resquicio estrecho;
y en tanto que la otra,
echando ambos y ternos,
pegaba cada palo
que cantaba el misterio,

Biblioteca Nacional de España

procura deslizarse
de cien modos diversos,
ya entrando de cabeza,
ya vuelta de trasero,
ya encogiendo las patas,
ya ladeando el cuerpo,
ya tripa arriba ahora,
ya tripa abajo luego;
pero, á pesar de tanta
industria y tanto esfuerzo,
por donde entró sardina
no pudo salir cerdo,
y al cabo su enemiga
la dió un lapo tan recio
que á la pared de enfrente
le hizo saltar los sesos.
De allí á pocos instantes
un ratoncillo seco
que por cualquiera parte
entraba como Pedro
por su casa, fue en busca
de algo para el puchero
y adivinó la *causa*
así que vió el *efecto*.
Se aproximó al cadáver

Biblioteca Nacional de España

dando un suspiro tierno,
y enjugando una lágrima
dijo con triste acento:

—Ay pobre doña Rata!
mucho te compadezco;
mas conocer debiste
que se esponen á eso
los que entraron sardinas
y quieren salir cerdos.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXX.

DIME CON QUIEN ANDAS....

Un niño cogió un gorrion
que halló en el suelo tendido
y en su casa le hizo un nido
con esparto y algodon.
Creció el pájaro, y á fé
que era lindo en demasía,
pero el pobre no sabía
ni aun cantar el *mi do ré*.
Y el niño que lo observó,
dijo para su capote:
—Este pájaro es un zote,
mas he de avisparle yo.
¿No sabe cantar primores
y sabe comer el maula?
Pues le encerraré en la jáula
de los bellos ruiseñores.—
Y dicho y hecho, al momento
le puso en tal compañía,
y el gorrion al otro dia
cantaba que era un portento.

Biblioteca Nacional de España

El niño que lo escuchaba,
satisfecho de esta prueba,
bajó el gorrion á la cueva
donde dos cuervos guardaba.
Y esta verdadera historia
dice á seguido renglon
que al otro dia el gorrion
graznaba que era una gloria.

De ser malo no se asombre
quien con malos pasa el dia.
Buena ó mala compañía
hace bueno ó malo al hombre.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXI.

TRABAJOS ESTERILES.

—Escelente fruto dan
vuestros árboles!—decia
un filósofo á un patan
que rica fruta vendía.
—Cierto, respondió el frutero,
que la fruta es de recibo;
mas dan tan poca, que quiero
abandonar su cultivo.
Me desvelo y echo el cuajo
trabajando como un bruto
y al fin no encuentra el trabajo
la recompensa en el fruto.—

—Tal manera de pensar,
dijo el filósofo, es buena.
Medid siempre la faena
por el fruto que ha de dar.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXII.

LA EDUCACION.

Un arquitecto jóven
hizo un palacio:
no construyó cimientos
y vino abajo.

Si no son buenos
los principios, los fines
lo son aun menos.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXIII.

EL EQUIVOCO.

Un quidan de los muchos
que con equivoquillos
el natural ingenio
parodian de continuo,
oyó de antigüedades
hablar en un corrillo,
y al instante, metiendo
su cuarto á espadas, dijo:
—Han de saber ustedes
que está en un huerto mio
el árbol de que Judas
se ahorcó por su delito.
¿Quieren ustedes verle?
pues vengánse conmigo.—
Todos los habitantes
del pueblo, sorprendidos,
corrieron tras el quidan
al huerto susodicho,
ansiosos todos ellos
de ver aquel prodigio.

Biblioteca Nacional de España

Así que al huerto llegan
un saúco raquítico
su dueño les señala
ufano y engreido,
diciendo:—De ese árbol
se ahorcó el falso discípulo.—
—Es bola! esclaman todos,
que de un árbol tan chico
no pudo ahorcarse Judas.
Es bola, buen amigo.—
Y el otro les replica:
—Venid acá vecinos,
¿no es un saúco este árbol?—
—Estamos convenidos.—
—No se ahorcó de un saúco
el vendedor de Cristo?—
—Sí, señor.—Pues entonces
no digais que he mentido.—
Al decir esto el quidan,
se armó una de silbidos
que Góngora en la tumba
de susto pegó un brinco.

Son tales serenatas
discordes al oido,

Biblioteca Nacional de España

mas las merecen esos
que con equivoquillos
el natural ingenio
parodian de continuo.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXIV.

SALTOS MORTALES.

Gritó un pobre carpintero
desde un andamio muy alto:
—Escucha tu, compañero,
¿qué apuestas á que de un salto
me planto en ese madero?
—Que has de saltar!—contestó
el otro con mucha calma.—
—¿Pues á que salto?—
—A que no?
Para eso tienes el alma
mucho mas chica que yo.—
—Ahora lo verás.—
—Espera.
¿Qué apuestas?—
—Una doblilla.—
Tomó el infeliz carrera....
y entre escombros y madera
quedó como una tortilla.

—

Este ejemplo nos advierte

Biblioteca Nacional de España

de una manera cumplida,
que puede perder la vida
quien desafia á la muerte.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXV.

SUERTE COMUN.

EL MENDIGO.

Que suerte tan mala tengo!
Acudo al rico y al pobre,
y al pobre y al rico arengo;
mas ¿qué saco
al cabo de tanto afan?
Unas monedas de cobre;
de modo que no me atraco
siquiera un dia de pan.
Jesus, que suerte tan perra
la que me cupo al nacer!
Soy el ser
mas infeliz de la tierra!

EL JORNALERO.

Es mucha pension la mia!
Desde que Dios amanece
hasta que termina el dia,

Biblioteca Nacional de España

no sosiego.
Y tan incesante afan,
¿que recompensa me ofrece?
Pan y un trago del manchego
allá de pascua á San Juan.
Jesus, que suerte tan perra
la que me cupo al nacer!
Soy el ser
mas infeliz de la tierra!

EL COMERCIANTE.

Esta vida me atribula!
Pasando voy (dia y noche
calcula que te calcula)
años y años.
Y despues de tanto afan,
no me es dado gastar coche
ni ir en verano á los baños
como los marqueses van....
Jesus, que suerte tan perra
la que me cupo al nacer!
Soy el ser
mas infeliz de la tierra!

Biblioteca Nacional de España

EL MARQUES.

Me matan tantos cuidados.
Apenas duermo ni cómo....
El mejor de mis criados
es un tuno.
De nada sirve mi afan:
desde el pinche al mayordomo,
no hay probidad en ninguno.
Por puertas me dejarán!
Jesus, que suerte tan perra
la que me cupo al nacer!
Soy el ser
mas infeliz de la tierra!

EL REY.

Mi ventura es mojiganga,
que nunca vivo tranquilo.
Pues digóle á usted que es ganga
la corona!
Siempre con un nuevo afan,
y siempre el alma en un hilo;
ya el pueblo se insurrecciona,

Biblioteca Nacional de España

ya me hace guerra el sultan....
Jesus, que suerte tan perra
la que me cupo al nacer!
Soy el ser
mas infeliz de la tierra!

EL AUTOR.

Sugeto á comunes leyes,
participo de las penas
de vasallos y de reyes,
y con todo
yo por nada tengo afan
ni envidio dichas agenas.
Con mi suerte me acomodo,
pues si á todo hijo de Adan
cupo una suerte tan perra,
nadie se debe tener
por el ser
mas infeliz de la tierra.—T.

Biblioteca Nacional de España

FÁBULA XXXVI.

PATRIOTISMO DE LOS IGNORANTES.

Hambriento y aterido,
con el atillo al hombro,
un jóven extrangero desvalido
llegó á un pueblo de España que no nombro.
Era el mísero artista
(como han dado en llamarse) organillista,
de esos que cambian con placer sincero
su música sonora por dinero.
Empezó sus conciertos.—¡qué si quieres!—
Basura las mugeres
al rostro le arrojaban; los chiquillos
acuden á bandadas,
y llenando de piedras los bolsillos,
le pagan sus conciertos á pedradas.
—Fuera el francés!— repiten
y en pegarle compiten
airados los muchachos.—Vaya un arte!
Márchese con la música á otra parte.—
le dice un moceton como un castillo,
y en menos que lo cuento, el muy caribe

Biblioteca Nacional de España

destroza con furor el organillo,
probando de este modo,
por mas que á los Orfeos mortifique,
que aunque es buena la música, con todo
no es cierto que á las fieras domestique.

No por mal entendido patriotismo
insultes al estraño con cinismo;
respeta su desgracia y sé indulgente,
pues cierto y evidente
es que puedes pasar por buen patriota
sin jugar con un pobre á la pelota.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXVII.

QUIEN TODO LO QUIERE, TODO LO PIERDE.

En un tiesto en la ventana,
tenía una rosa Juana,
quien con gran satisfaccion
aspiraba noche y dia
el olor que difundia
la rosa en la habitacion.
Juana era muy vanidosa,
y dijo un dia:—Esta rosa
me debe sentar muy bien—
Y entre si debe ó no debe,
la echó sus dedos de nieve
y se la puso en la sien.
Salió á la calle con ella
y, eso si, estaba tan bella,
que daba enojos al sol;
pero al volver se la quita
y la encuentra ya marchita
sin aroma ni arrebol.

Juana lloró noche y dia;

Biblioteca Nacional de España

y mucha razon tenía
sin duda para llorar....
Por su ambicion quedó Juana
sin rosa que lucir vana,
ni perfumes que aspirar.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXVIII.

LA CAMPANA.

Orgullosa una campana,
dicen que esclamó á su modo:
—Por tarde, noche y mañana
alboroto el pueblo todo.
Llamo al hombre á la oracion,
al madrugador despierto,
ahora doblo por un muerto,
mañana toco á funcion.
No tengo en el mundo igual;
del villorrio mas distante
me hago entender al instante
con mi lengua de metal.—
Al oirla un monacillo
desde el pié de la escalera,
la dijo de esta manera
entre burlon y sencillo:
—A fé mia, no eres lerda
cuando dices que alborotas,
pero es, aunque no lo notas,
porque tiro de la cuerda.

Biblioteca Nacional de España

Y sino, quiero que pruebes
y apuesto, cuerpo de tal,
á que á mover no te atreves
esa lengua de metal.—
Y á confundir muy resuelta
al monago la campana,
trató de moverse ufana
y no dió la menor vuelta.

Estas lecciones reciben
los necios y los bribones
que medran, comen y viven
de agenas inspiraciones.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XXXIX.

LA RIÑA.

Disputan al salir de la comedia
por cierto pisoton dos ciudadanos,
y se ponen los dos de vuelta y media
y por último, vienen á las manos.
—Quién tiene la razon en esta fiesta?
preguntan en el corro que los ciñe
á cierto espectador, y este contesta:
—Quien tiene la razon? El que no riñe.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XL.

EL CRISTAL DE LA RAZON.

Todos en esta tierra
saben que allá los hijos de Inglaterra
tienen tales manías, que son pocos
los que no vienen á parar en locos.
En un valle cercado de colinas,
millares de esterlinas
gastó un inglés sin tasa
para hacer una casa,
y entre mil y mil cosas
á cual mas caprichosas
que en ella reunió, de las mejores
eran unos cristales de colores
que en las ventanas puestos hábilmente,
daban luz diferente.
Como era natural, si se miraba
por el cristal morado, presentaba
los jardines y el prado
teñidos todos de color morado.
Y si despues, variando de postura,
miraba algun curioso á la espesura

Biblioteca Nacional de España

por distinto cristal, ésta y el cielo
estaban de color de caramelo.
Eran de ver torrentes de escarlata,
fuentes de oro y de plata,
cabañas de topacios, á lo lejos
lanzar el sol sus pálidos reflejos
á través de una nube de esmeralda,
y, sentado en la falda
del monte, un pastorcillo
mas verde y mas rechoncho que un membrillo.
Despues de admirar tanto
maravilloso encanto,
se pasaba á otra pieza donde habia
un cristal sin pintar, y se veia
todo de su color. Yo no lo estraño,
pues donde no hay pintura, no hay engaño.

Asi todas las cosas
serán feas ó hermosas
segun por el cristal que las miremos;
por lo mismo, debemos
mirarlas por aquel que nos presenta
desnuda la razon, de engaño exenta.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XLI.

EL TAPONAZO.

Meneaba cierto dia
una botella un muchacho,
y la botella decía:
—Estate quieto, borracho!
Te voy á saltar un ojo
sino me dejas en paz.
Soy dócil, mas si me enojo
de todo seré capaz.—
Poco esta amenaza vale
á la paciente botella,
que el chico, dale que dale,
sigue jugando con ella.
—Te vas á llevar un chasco
que tu impertinencia atajo,—
esclama de nuevo el frasco,
bufando ya de corage,
y viendo que aquel atun
se burla de su despecho,
fermenta, y el corcho ¡pun!
le salta el ojo derecho.

Biblioteca Nacional de España

Nadie al pacífico tiente,
que al fin estalla su enojo
y se queda el insolente
cuando menos, sin un ojo.—T.

Biblioteca Nacional de España

FÁBULA XLII.

EL ORGULLO.

Entre las varias flores
de un lozano jardin, hubo una rosa
tan fresca, tan hermosa,
de tan vivos colores,
que segun dicen, era
envidia de la misma primavera.
Sucedió una mañana
que al asomar el sol por el oriente
subió una parda oruga
por el tallo naciente
de la rosa, que al ver tal desacato
la dijo enfurecida:
—Oruga vil ¿te atreves
á hollar con torpe planta mi corola?
Tú, villana, ni aun debes
aspirar á la cárdena amapola!—
Al oir este ultrage,
palideció la oruga, y su corage
fué á ocultar, esclamando
con voz triste y llorosa:

Biblioteca Nacional de España

—Oh Dios! cuando seré yo mariposa?—
Transcurrido algun tiempo, como todo
tiene en el mundo fin, tambien le tuvo
la funesta prision en que yacía
la miserable oruga, y con las alas
renació su alegria,
porque admiraba de la selva umbrosa
las sorprendentes galas,
del rio las espumas,
y de las aves las rizadas plumas.
Volvió al jardin, y vió que los claveles,
las blancas azucenas
y los morados lirios, levantaban
sus hermosas corolas
y una mirada tierna demandaban.
Del nocturno rocío
la mostraba la rosa blancas perlas,
murmurando:—Bien mío,
ven á mi seno nítido á beberlas!—
—Sultana de las flores,
(contestó la pintada mariposa)
porque miras mis alas matizadas
de brillantes colores
fijas en mí tus pérfidas miradas?
Oruga, despreciaste

Biblioteca Nacional de España

mis caricias, fiada en tu hermosura;
mariposa, me amaste.....
yo desprecio ese amor y esa ternura.
Al fin cosa de flores
el juzgar por los signos esteriores!—
Dijo, y voló ligera
por la gentil pradera
sin esperar contestacion alguna,
en tanto que la rosa
entregaba una á una
sus hojas á las auras fugitivas;
y cuando ya tocaba en el ocaso
el sol amarillento,
lanzó la flor su postrimer aliento.

El que midiere al hombre
por el trage que viste, no se asombre
de ser, mal de su grado,
por el mas despreciable despreciado.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XLIII.

AMBICION Y SOBERBIA.

Levantáronse temprano
un día Juan y Rufino
y tomaron el camino
de un montecillo cercano.
Al terminar una cuesta
de donde el valle se vé,
se detuvieron al pie
de una encina muy enhiesta.
Ambos la vista tendieron
hácia el lejano horizonte,
y un monte tras otro monte
sus ojos ávidos vieron.
Rufino por ver se empina,
y esclama:—Jesus que encanto!...
Si desde aquí se ve tanto,
¿qué será desde esa encina?
Y haciendo la ropa añicos,
trepan, sudando de veras,
hasta las ramas primeras
del árbol, entrambos chicos.

Biblioteca Nacional de España

Ven, henchidos de placer,
nuevas llanuras y montes;
pero nuevos horizontes
Rufino desea ver,
y dice:—Si media Europa
se vé desde aquí, yo espero
ver el universo entero
si trepamos á la copa.
Arriba, Juan!—No me place,
contesta muy quieto Juan;
no me place, pues mi afan
lo que veo satisface.
Si tú, de cordura falto,
mas arriba te encaramas,
ásete bien á las ramas,
que puedes bajar de un salto.—
—Ay de tí como en Castilla
tu cobardía se sepa!—
esclama Rufino, y trepa
mas ligero que una ardilla,
diciendo en su altura vano:
—No quieres subir aquí?
Pues mira un jigante en mí
y tente por un enano.—
—Cesa en tu soberbia arenga,

Biblioteca Nacional de España

contesta con calma Juan,
pues si sopla el huracan,
Dios de su mano te tenga.—
Un fuerte viento solano
sopló en aquel mismo instante
y se vió enano el jigante
y fué jigante el enano,
pues en su altura quedó
quien no quiso alzarse al cielo,
y entre las piedras del suelo
el soberbio se estrelló.

Yo siempre por cierto tuve
que en la humildad hay ventaja:
el que mas sube mas baja
y el que mas baja mas sube.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XLIV.

LA ENVIDIA.

(Pfeffel).

Entre la verde yerba
de una fértil campiña,
estaban aspirando
las perfumadas brisas,
una hermosa luciérnaga
tan jóven como linda,
y un caracol baboso
mas malo que una víbora.
Al punto que se vieron
dijo ella:—Buenos días.—
—Vaya con Dios, hermosa.—
—Él conserve su vida.—
Se apretaron las manos,
hizo una cortesía
el caracol, y entrambos
prosiguieron su via,
él malicioso y torpe,
ella inocente y tímida.
Pues como iba diciendo,

Biblioteca Nacional de España

llegó la noche humbría
y empezó la luciérnaga
á despedir luz viva
sin enorgullecerse
de sus prerogativas,
que el verdadero mérito
es la modestia misma.
Vió el caracol taimado
la luz que despedía,
y se acercó rastrero
pisando de puntillas.
Así que estuvo á tiro,
sin siquiera decirla:
—Agua vá!—me la puso
con su baba perdida.
Humilde la luciérnaga
sufrió esta ofensa inícua,
y echa una Magdalena
dijo la pobrecilla:
—Caracol ¿por qué vienes
á empaparme en saliva?—
Y contestó el menguado:
—Gusano ¿por qué brillas?—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XLV.

BESOS Y MORDISCOS.

Con tan amante exaltacion besaba
á un hijo suyo una muger un dia,
que cada vez que un ósculo le daba,
en la megilla al párvulo mordía.

—Madre, esclamó desesperado el niño,
el cariño que muerde, no es cariño.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XLVI.

LA VENGANZA.

Como cierto me contaron,
y á la verdad no me estraña,
que por nada se amoscaron
una mosca y una araña,
Y pasaron á las vías
de hecho despues, por lo visto,
y jamás los buenos días
se dieron ni por un Cristo.
Pronto la mosca olvidó
de su enemiga el ultrage,
mas en esta se aumentó
con los años el corage.
Y dijo con mucho tino
dando pruebas de su argucia:
—Emplear no es desatino
contra la fuerza, la astucia.
Cierto que estoy muy distante
de seguir á mi enemiga,
pero puedo echarla el guante
sin moverme de esta viga.

Biblioteca Nacional de España

Voy en seguida á tejer
mis redes con mucho ahinco,
y la tengo en mi poder
como tres y dos son cinco.—
Cuando estuvo concluida
la red, se ocultó la araña,
y la mosca inadvertida
fué víctima de su saña.

En almas nobles no cabe
vengarse de ningun modo;
en las ruines, ya se sabe,
la venganza es sobre todo.—P.

Biblioteca Nacional de España

FÁBULA XLVIII.

EL ÁNGEL.

Perdió á sus padres María
no bien la cuna dejó,
y sin apoyo ni guía
la pobrecita quedó.
Como á su dolor profundo
nadie prestaba consuelo,
en vez de clamar al mundo,
clamó la infeliz al cielo.
—Dios mio! dijo llorosa,
no tengo en la humana senda
ninguna mano piadosa
que me guie y me defienda.
Envíame un ángel bello
que me defienda y me guie,
pues en la senda que huello
es fácil que me estravíe.—»
Al terminar su oracion,
vió la huerfana á su lado,
brindándola proteccion,
un ángel inmaculado,

Biblioteca Nacional de España

y llegó á la adolescencia,
en pos de tan dulce guía,
llena de paz, de inocencia,
de esperanza y de alegría;
mas la mancha del pecado
empañó su frente bella
y el ángel, desconsolado,
dijo ausentándose de ella:

—Tu frente el pecado empaña
y yo torno á mi mansion,
que el ángel solo acompaña
á aquellos que ángeles son.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA XLVIII.

CREDULIDAD.

Hicieron en la torre
de la iglesia de un pueblo
su nido dos palomas,
y al cabo de algun tiempo
dos bellos palominos
es fama que nacieron.
Por aquellas alturas
andaba muy hambriento
cierto milano, y carne
de palomino oliendo,
se pasaba los dias
dando dos mil rodeos
para asaltar el nido;
pero era vano intento,
porque las dos palomas
cuando al milano vieron,
juraron no apartarse
del nido, ni un momento.
Mientras una iba en busca
de algarroba ó centeno,

Biblioteca Nacional de España

á sus hijitos la otra
cuidaba con esmero;
de modo que el milano
dijo:—Malo lo veo!
No cómo palominos
como no ponga en juego
toda mi diplomacia,
y todo mi talento.—
A la tarde siguiente
se acercó al agujero
de las pobres palomas,
y así empezó diciendo:
—¿Estais sola, vecina?...
Sí? Pues mucho me alegro,
porque así podré hablaros
de un asunto muy sério.
Deciros estas cosas
me causa sentimiento,
mas en fin, cuando lo hago
es porque bien os quiero;
sabed que vuestro esposo
es un tuno, un perverso
que malgasta en jaranas
la salud y el dinero.—
La sencilla paloma

Biblioteca Nacional de España

tales chismes oyendo,
sintió que la acosaban
la duda y el recelo.
Observó las salidas
del palomo, su aspecto
al volver, sus miradas,
y al cabo dijo:—Ciertos
son los toros.—y entonces
se armó una de improperios,
de quejas, de disculpas,
de amenazas y ruegos
que parecía el nido
el mismísimo infierno.
Se incomodó el palomo,
y por su boca (quiero
decir su pico) echando
mil pestes, tendió el vuelo,
y dijo al alejarse:
—Si te ví, no me acuerdo.—
Quedó, pues, la paloma
sola con sus hijuelos,
y entonces otra cuita
vino á quitarla el sueño.
—Si me alejo, decía,
para buscar sustento,

Biblioteca Nacional de España

viene el milano y hace
con mis hijos su almuerzo.
Por otra parte, es claro
que sin comer no puedo
pasar; con que es preciso
hacer algun esfuerzo.—
Salió del nido, y era
de ver con qué contento
se introdujo el milano
que se hallaba en acecho.
—Esta es la mía!—esclama,
y en menos que lo cuento,
de los dos palominos
no dejó ni los huesos.

—

Sucede con frecuencia
que cariño fingiendo,
trabajan ciertos hombres
en su propio provecho.
Si un remedio me piden
contra los tales, creo
que cerrar los oidos
es el mejor remedio.—P.

Biblioteca Nacional de España

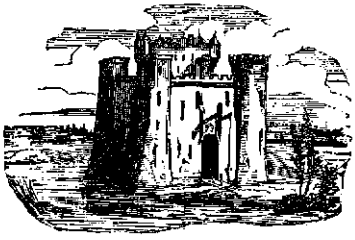
FABULA XLIX.

CARICIAS POR ULTRAGES.

En mi sería imperdonable yerro
al bonachon de Júpiter, mi perro,
no consagrar siquiera una memoria
en este libro donde esta la historia
de muchos vichos que no valen tanto
como el danés cuya nobleza canto.
Ayer mañana le pegué tal tunda
que hice trizas en él una coyunda,
y todo fué por el atroz delito
de lamerme la mano el pobrecito.
A nadie empero mi injusticia asombre,
que la injusticia es inherente al hombre;
mas si alguien piensa que de mi arrechucho
se vengó el animal, se engaña mucho,
pues cuando tuvo el cuerpo bien caliente,
se echó á mis pies el pobre humildemente,
como diciendo:—Tu furor domina;
dame el perdon ó dame otra tollina!—
Le miro afable, Júpiter lo nota
y salta y brinca y todo lo alborota

Biblioteca Nacional de España

dando cien gritos de placer, y en suma,
con sus caricias sin cesar me abruma.
Entonces dije para mi capote:
—Este animal demostrará al mas zote
que los que pegan sin razon al perro
merecen una albarda y un cencerro,
pues nos enseña el perro sin ambages
á devolver caricias por ultrages.—T.



Biblioteca Nacional de España

FABULA I.

LA PEREZA.

Estando ya en la cama Bernardina,
(era en el mes de Enero)
percibió cierto olor á chamusquina
y dijo:—En el brasero
que dejé en la cocina
se quema algun papel que por olvido
quedó entre los carbones escondido.
De buena gana iría
á ver lo que se quema, mas no fuera
solemne tontería
que por tan poca cosa
me atacase una fuerte pulmonía?—
Tal dijo Bernardina
y se quedó dormida como un tronco;
de pronto se ilumina
la alcoba, y—fuego! fuego!—
grita un vecino con acento ronco.
Vienen las bombas luego,
crece el incendio, y el tumulto crece;
—¿Quién me socorre?—Bernardina esclama;

Biblioteca Nacional de España

mas la cerca la llama
y en el incendio la infeliz perece,
que siempre la pereza y el descuido
catástrofes como esta han producido.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA 32.

CURAS OPORTUNAS.

Juan se metió á curandero,
aunque era en el arte un topo,
y se ganaba el galopo
con sus curas buen dinero.
Un día llegó á sus puertas
un niño pidiendo cura
pues tenia la criatura
entrambas piernas muy tuertas;
el curandero le puso
en ellas cierto aparato
y las tuvo á poco rato
tan derechas como un uso.
—Veamos, dijo un patan
de piernas muy contrahechas,
si á mí me pone derechas
las patas el señor Juan.—
Y es claro, como era rico,
le ofreció lo que quisiera
con tal que se las pusiera
tan derechas como al chico.

Biblioteca Nacional de España

Abrió el curandero un ojo
tamaño, cuando esto oyó;
mas.... por mas que trabajó,
el cojo se quedó cojo.

Demuestran tales sucesos
que quien corregirse quiera,
no lo alcanzará si espera
á que estén duros sus huesos.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA III.

HUMO.

Entrando por la puerta de Toledo
cierto patan vecino de Robledo,
esclamó:—Santo Dios! y qué caldera
tan grande! (1) Bien cupiera
dentro de ella un rebaño....
Calla! si no me engaño
hay otra mas pequeña.
¡Lo que come la gente madrileña!
Dígame usted—pregunta—¿qué se guisa
en aquellas calderas?—Y de risa
muerto el interpelado,
respondió al de Robledo de contado:
—Sepa usted, buen amigo, que en la corte
no se guisa en calderas de ese porte:
sirven esas de enfrente
para llenarlas de humo solamente—
Quedó el patan al pronto
con tanta boca abierta, como un tonto,

(1) La de la fábrica de gas.

Biblioteca Nacional de España

pero despues se rasca la cabeza
y esclama con presteza:

—Si por la muestra he de juzgar, presumo
que la grandeza de la corte es humo.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA LXX.

UNIONES DESIGUALES.

Tenia don Juan del Charco
un huerto en Carabanchel
y quiso formar en él
con dos árboles un arco;
era el uno muy pequeño
y el otro de corpulencia,
pero, aunque esta diferencia
echára de ver su dueño,
á la razon se hizo sordo,
que era el don Juan muy borrico,
y ató á la copa del chico
la copa del árbol gordo.
Tan desigual maridage
duro á los árboles fué,
y los pobres, ya se vé,
reclinaban de corage.
Por quebrantar sus prisiones,
el grande tanto tiró
del chico, que le arrancó
de cuajo á pocos tirones,

Biblioteca Nacional de España

y con él engalanada
elevó su copa al cielo;
mas la copa vino al suelo
por el peso desgajada.

Segun discretos arguyen
en vista de ejemplos tales,
las uniones desiguales
destruyen y se destruyen.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA LIV.

LA VERDADERA AMISTAD.

—He tenido, decia un moribundo,
dos amigos no mas en este mundo;
uno, riñó conmigo por la siega
y desde entonces su amistad me niega;
el otro, se halla, en lágrimas deshecho,
en este instante al lado de mi lecho....
—Ese no mas es acreedor al nombre
de amigo tuyo, le replica un hombre,
pues los que lloran, de tu fin testigos,
esos y nadie mas son tus amigos.—T.

Biblioteca Nacional de España

FABULA LV.

MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES.

Yendo un dia de caza,
dijo Perico
pegando al mismo tiempo
de gozo un brinco:
—En aquel árbol
diviso una abubilla....
¡qué hermoso pájaro!
Si no acierto á matarle
desde tan cerca,
hago cuatro pedazos
esta escopeta.
Vaya! apuntemos
y quiera Dios que al ave
vea en el suelo.
Al decir esto, apunta,
toca el gatillo,
la pólvora se inflama
y sale el tiro.
Y la abubilla
cae por los perdigones

Biblioteca Nacional de España

al suelo herida.
Al echarla Perico
su torpe mano
para llevarla á casa,
dice:—Buen plato!—
Pero se asusta
y la tira esclamando:
—Sí es todo pluma!

No olvidaré el ejemplo
de la abubilla,
porque en el mundo hay gentes
muy parecidas:
de lejos gustan,
pero al ir á tocarlas
son todo pluma.—P.

Biblioteca Nacional de España

FABULA LVI.

LA CRITICA.

Mi oido atento escuchó
siempre á los sábios varones;
mas.... suprima sus lecciones
quien sepa menos que yo.
Critique el sábio punzante,
que es útil crítica sabia,
pero me dá mucha rabia
que critique el ignorante.
Si me critican un canto
y quieren que no me pique,
sepa aquel que me critique
siquiera hacer otro tanto.
Zoilos faltos de talento,
de saber y de conciencia,
oid y tened paciencia,
que os voy á contar un cuento.
Un pintor inteligente,
hace tres dias ó cuatro,
trabajaba en el teatro
denominado de Oriente,

Biblioteca Nacional de España

y un quidam de ingenio romo
que presenciaba su obra,
le dijo con zumba, y sobra
de petulancia y de aplomo:
—Hombre, tira los pinceles
ya que tan mal los manejas,
y pinta puertas y rejas
y ventanas y anaqueles.
Que musa tan horrorosa!
Si se ha de saber lo que es,
debes poner á los pies
de esa musa: «Esto es tal cosa.»—
Exasperado el pintor,
paleta y pincel dió al tal,
diciendo:—Si lo hago mal,
quizá lo haga usted mejor.—
El crítico, con torpeza
pincel y paleta toma
y pinta una gran redoma
por pintar una cabeza.
—Quien de los dos mejor pinta?
le dice el pintor muy grave.
Criticar, cualquiera sabe,
pintar, ya es cosa distinta.—T.

Biblioteca Nacional de España

INDICE.

—

	Páginas.
Prólogo.	5
La Moral y la Fábula.	17
El murciélago y las comadrejas.	19
La necesidad.	23
Carreras rápidas.	26
Quien es mas pobre?	29
Los herederos.	34
Las obras de Dios.	36
Juicios del público.	43
La fuente.	45
Vanidades infundadas.	47
De Málaga á Malagon.	51
Haz bien y mira á quien.	52
El recato.	53
El topo y las hormigas.	56
En la culpa vá el castigo.	58

Biblioteca Nacional de España

Páginas.

El viejo y los caminantes. 61
Riesgos de la imitacion. 64
Oro y talento. 68
No la hagas y no la temas. 70
El marinero y la perla. 72
El ejemplo. 74
La pureza. 76
Uno de tantos. 79
La inesperiencia. 82
La particion de la tierra. 84
El trabajo. 87
Los tres amigos. 90
Las apariencias. 95
Engordar para morir. 97
Dime con quien andas.... 101
Trabajos estériles. 103
La educacion. 104
El equívoco. 105
Saltos mortales. 108
Suerte comun. 110
Patriotismo de los ignorantes. 114
Quien todo lo quiere.... 116
La campana. 118
La riña. 120

Biblioteca Nacional de España

Páginas.

El cristal de la razon. 121
El taponazo. 123
El orgullo. 125
Ambicion y sobervia. 128
La envidia. 131
Besos y mordiscos. 133
La venganza. 134
El ángel. 136
Credulidad. 138
Caricias por ultrages. 142
La pereza. 144
Curas oportunas. 146
Humo. 148
Uniones desiguales. 150
La verdadera amistad. 152
Mucho ruido y pocas nueces. 153
La crítica. 155

Nota. En esta coleccion hay algunas fábulas que aparecen como originales y sin embargo están basadas en un pensamiento ya conocido. No hemos designado su origen porque yace perdido con el de las tradiciones populares.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL
1000600287

Biblioteca Nacional de España